

# La reconquista de las tierras del Ebro

Pretendo en este trabajo vulgarizar los hechos que motivaron la reconquista del Ebro, río que se disputaron los reinos cristianos de Castilla, Navarra y Aragón, los condados orientales y el reino musulmán de Zaragoza. Y vamos a fijar una fecha: 1035, que corresponde a la muerte del gran rey de Navarra Sancho Garcés III el Mayor. Pero para mejor comprensión del problema será conveniente estudiar el testamento del rey navarro y su significación en la Historia.

Con Sancho Garcés el Mayor, el reino de Navarra alcanza su máxima extensión y prestigio, llegando a ser el centro político más importante de España, porque fué de todos los estados cristianos el que menos sufrió las violencias de Almanzor. El centro de gravedad de la política peninsular pasa de Córdoba a Navarra, y Sancho el Mayor tuvo talento y decisión para aprovechar este propicio momento.

Navarra fué el estado patrimonial de Sancho el Mayor, pero con dicho reino heredó el condado de Aragón, unido a Navarra desde el matrimonio de Andregoto Galíndez, hija del conde Galindo Aznárez con García Sánchez de Navarra. El condado de Ribagorza fué anexionado a Navarra por Sancho el Mayor en 1018.

El matrimonio del monarca navarro con doña Mayor, hija del conde de Castilla Sancho García, tuvo consecuencias políticas extraordinarias, porque cuando García Sánchez fué asesinado en León por los Velas, el navarro anexionó a su corona el condado de Castilla. Pero no es posible olvidar que Navarra había contribuido a la repoblación de Castilla con el envío de abundantes colonias de vascones, y como por otra parte, repito,

Sancho el Mayor se había anexionado el condado de Ribagorza, de primitiva estirpe vasca, su reino parecía edificado sobre una coherente población vascónica, o al menos vasconizada.

Navarra representaba la oposición a la tradición gótica, de la que era exponente León. Sancho el Mayor, al entrar en guerra con Bermudo III y arrebatarle las tierras extendidas del Pisuerga al Cea, al mezclarse en los desórdenes de Galicia, alentando la rebeldía del obispo compostelano y de otros nobles frente al monarca de León, intentó una empresa de notoria transcendencia: desmembrar el reino leonés y arrebatarle su preeminencia política. Cuando se adueña de León y Astorga, Sancho ha cambiado la faz política de España.

Es entonces cuando Oliva, hijo del conde de Besalú, abad de Ripoll y obispo de Vich, le llama «Santius rex ibericus» y cuando el monarca navarro toma el título de emperador.

Así, Sancho el Mayor domina toda la zona montañosa que se extiende entre Peñalabra y el Puigmal, en los Pirineos, y su poder político se extiende aun más, ya que tanto el conde de Gascuña como el de Barcelona, seguían la corte del rey navarro. Como advierte Menéndez Pidal «una extensa concentración se levantaba a ambos lados del Pirineo, desde Barcelona a Burgos, frente al abatido reino leonés».

Pero hay otro aspecto más interesante en la historia de la Navarra de Sancho el Mayor. Fué éste el primero que se preocupó de iniciar una colaboración permanente con la Europa occidental, rompiendo el aislamiento en que había vivido España respecto de la cultura europea de signo cristiano, atraída hasta entonces por el prestigio político de Córdoba, centro de una floreciente cultura islámica. El fué quien introdujo la observancia benedictina de Cluny en varios monasterios de Aragón (San Juan de La Peña), Navarra (Leire) y Castilla (Oña). Los cluniacenses, cuyo verdadero apogeo coincide con el reinado de Alfonso VI de Castilla, contribuyeron de manera decisiva a relacionar a España con la Europa occidental y cristiana. Ellos organizaron el camino de Santiago, que ya antes había sido objeto de las atenciones de Sancho el Mayor, y por el que penetró en España una enorme corriente de arte y de cultura. Esta conducta de Sancho el Mayor ha de dar frutos decisivos en el momento histórico que muy pronto vamos a estudiar.

La obra de Sancho el Mayor fué puramente personal y limitada simplemente al Norte de la península. El navarro no luchó contra los moros.

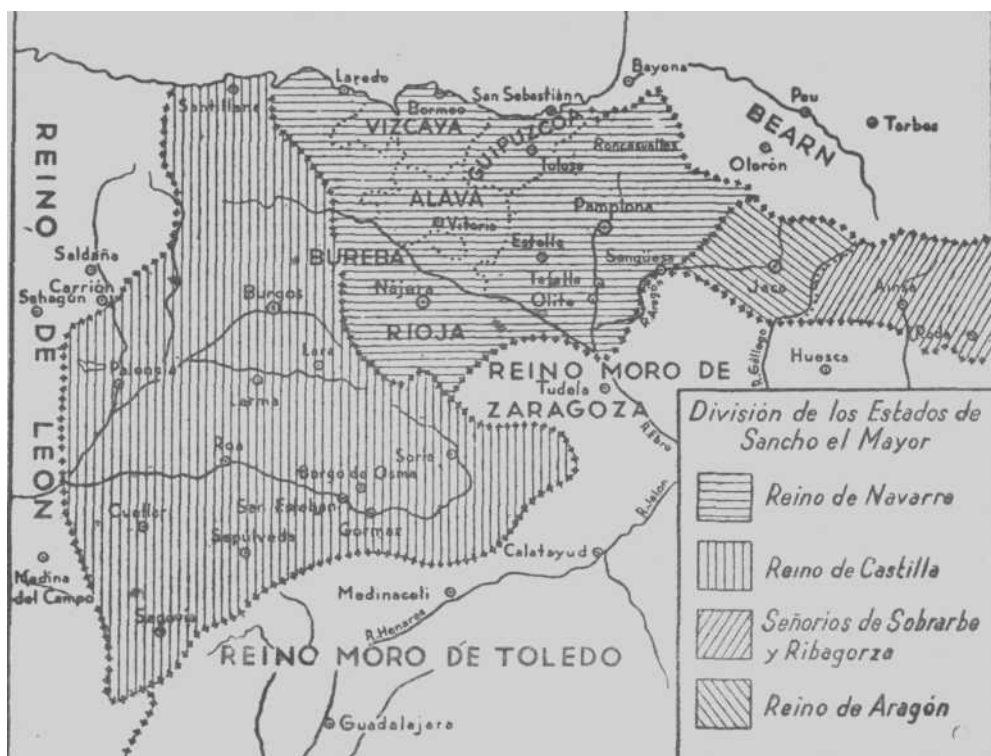
Sancho el Mayor tiene de la monarquía un concepto patrimonial, como lo tuvieron los reyes merovingios y los primeros carclingios; considera el reino como una propiedad personal. Y a este concepto, rechazado ya por la Francia del siglo IX, responde su testamento y el de algunos de sus sucesores.

La división que Sancho el Mayor hace de sus estados señala el declinar de Navarra. El reino de Navarra lo hereda el primogénito García, pero la extensión de dicho reino ha aumentado considerablemente a costa de Castilla, con territorios que se extienden desde las proximidades de Santander hasta las inmediaciones de Burgos.

«Su frontera occidental estaba señalada por una línea que arrancando en el mar, junto a Santander, seguía por la divisoria occidental del río Miera (dejando la Trasmiera, Laredo y Vizcaya para Navarra) y pasaba luego entre Bricia y Arreba, al oeste de Villarcayo (dejando la Vieja Castilla, Bureba y Alava para Navarra); después lograba los antiguos límites tarraconenses, llegando al oeste de los monasterios de Rodilla y Atapuerca, hasta tocar en el Arlanzón, casi a las puertas de Burgos». Es decir, que se agregaban al reino de Navarra «no sólo los territorios de lengua vasca, Alava y Vizcaya, sino otros de lengua románica de las actuales provincias de Santander y Burgos, esto es: Cudello y Trasmiera sobre el mar de Santander; la antigua Castilla la Vieja, o sea, desde el mar de Laredo hasta el valle del Ebro, en el actual partido burgalés de Villarcayo; la Bureba, con tierras vecinas, y los montes de Oca». En suma, Sancho el Mayor reivindicaba así en su testamento para Pamplona los viejos límites de la Tarraconense romana, pues Oca era extremo de esa Tarraconense, lo mismo que Garray o Numancia, pueblo arruinado que formaba ya límite entre Navarra y Castilla, desde tiempos muy anteriores.

Fernando, el segundogénito de Sancho el Mayor, hereda el condado de Castilla, elevado a la categoría de reino, amputado ciertamente por el Este, pero ampliado por el Oeste, con las tierras comprendidas desde el río Pisuerga, antiguo límite occidental de Castilla, y el río Cea; es decir, la tierra de Carrión y

Saldaña conquistada por su padre al leonés Bermudo III. Dichos condados «constituyeron durante algún tiempo como una marca fronteriza entre León y Castilla, y fueron manzana de discordia entre estos dos estados». Gonzalo heredó Sobrarbe con Ribagorza, y Ramiro, Aragón, con título de reino.



Del testamento de Sancho el Mayor nacen, repito, dos nuevos reinos: Castilla y Aragón, que en la baja Edad Media habrán de ser actores principales de nuestra historia. Las dinastías navarras de ambos reinos cerrarán, en su expansión, el camino de la reconquista al reino de Navarra, que quedará encerrado en reducidos límites, como una esperanza no cristalizada.

A los monarcas castellanos se les ofrece una misión, de realización inmediata: por un lado, unificar la meseta; por otro, proteger su flanco oriental, lo que significa, la lucha con Navarra por la frontera del Ebro. Hemos llegado al punto capital de este trabajo. Recordemos, antes de continuar, cuál era la si-

tuación de los estados que habrán de disputarse el dominio del Ebro.

Ya hemos señalado la frontera occidental de Navarra, la oriental llegaba hasta el flamante reino de Aragón. Los navarros podían descender desde Vasconia siguiendo la margen izquierda del Ebro; dominaban el curso superior del río por la anexión de Cantabria, y eran dueños de los montes de Oca y de Rioja.

Castilla carecía de tierras tributarias del Ebro; su flanco oriental quedaba al descubierto, lo que será origen de las luchas entre Fernando de Castilla y García de Navarra, dos hijos de Sancho el Mayor. Además Navarra por la posesión de Sangüesa, sobre el río Aragón, tenía abierta esta vía fluvial, lo que había de ocasionar luchas con Aragón.

El reino aragonés, territorio de Ramiro I, comprendía la zona pirenaica de las actuales provincias de Zaragoza y Huesca; su territorio se limitaba al curso superior del río que dió nombre al primitivo condado y sus dos afluentes: el Aragón Subordán, o sea el valle de Hecho, y el Veral, o sea el valle de Ansó. Por el oeste confinaba con el río Gállego, límite con Sobrarbe, y por el sur se encontraban las tierras dominadas por los musulmanes. Su ciudad principal era Jaca. No tenía Ramiro otro camino de reconquista que este último río, cuya salida a la hoya de Huesca estaba defendida por el paso de la Peña, en cuya extremidad meridional se alzaban dos fortalezas: Loarre, en la orilla izquierda, y Murillo del Gállego, en la derecha.

Sobrarbe es una región abrupta, atravesada por los ríos Cinca y Ara y situada entre Aragón, al oeste, Ribagorza, al este y la Barbutana (Sierra de Arbe), al sur; su principal villa era Ainsa, en la confluencia de los ríos citados. Ribagorza es una comarca situada al este de Sobrarbe, entre los ríos Cinca y Noguera Ribagorzana, constituida por los valles del Esera y del Lsábena, cuya principal villa era Roda, sobre el último de los mencionados ríos. Más al este se encontraba el condado de Pallars, que comprendía el valle del Noguera Pallaresa. Estas tres pequeñas comarcas constituyeron el efímero reino de don Gonzalo.

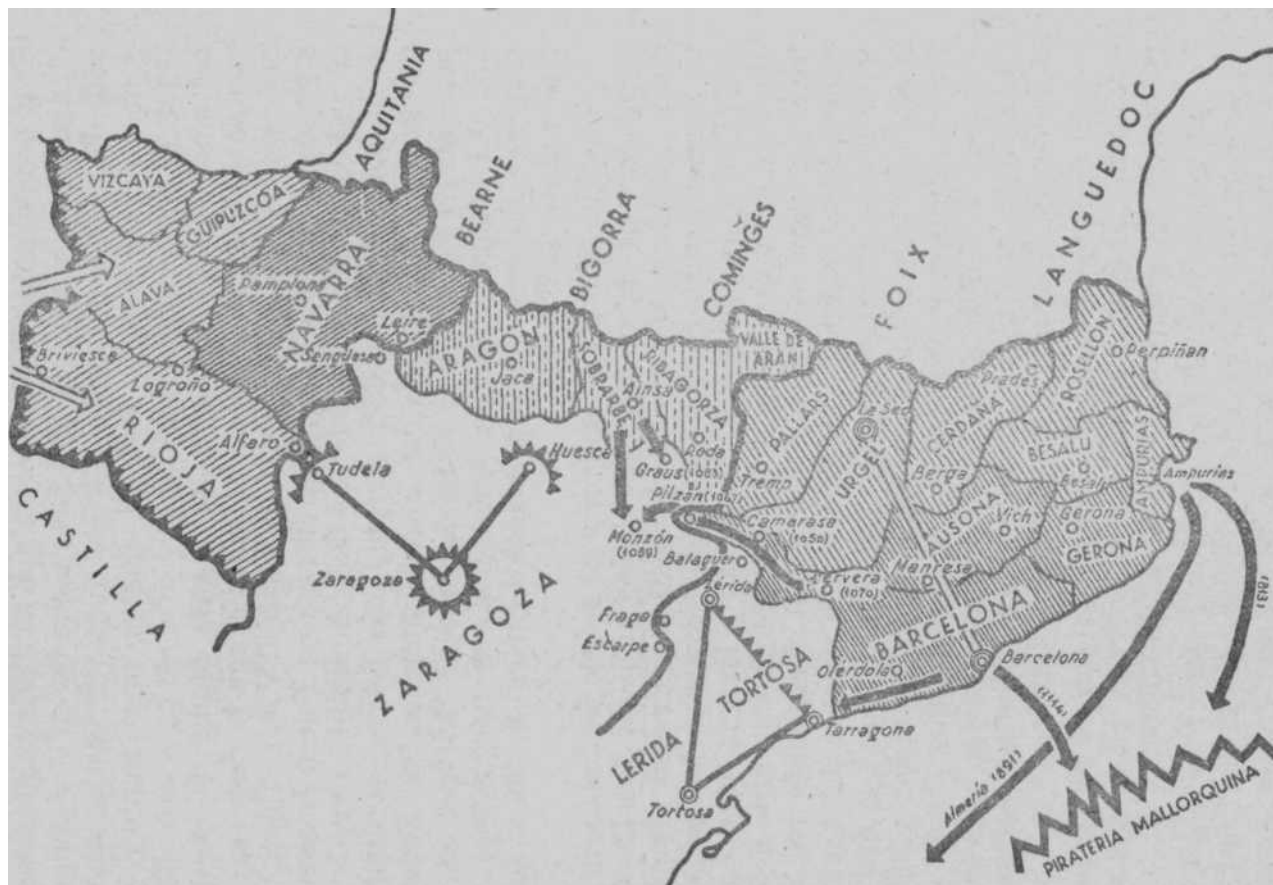
Al sur de estos territorios, dominados por los cristianos, se encontraba el gran reino musulmán de Zaragoza, en el que rei-

naban los Beni Hud, príncipes tochibíes, uno de los reinos de Taifas, y el más importante, con el de Sevilla, de entre aquéllos. El reino de Zaragoza se extendía por las provincias o coras de Arlith y Es Seitum; pronto este reino absorbió los de Lérida y Tortosa. A orillas del Ebro, se encontraban dos plazas importantes: Zaragoza y Tudela.

El reino de Zaragoza poseía, en las estribaciones de los Pirineos, plazas avanzadas que cerraban sólidamente los caminos hacia la tierra llana: Lérida y Balaguer sobre el río Segre, Tuirana y Prades, al este, Tamarite, Graus, Barbastro y la gran plaza fuerte de Huesca, al oeste. Las fortalezas de las Cinco Villas y la plaza fuerte de Tudela impedían el avance de los navarros. La riqueza del reino moro de Zaragoza era proverbial. Ricas villas muy pobladas, formaban contraste con el aspecto miserable de los burgos fortificados del país cristiano, habitado por una población diseminada de pastores y humildes campesinos.

Como fácilmente se puede deducir, Aragón tuvo que vencer grandísimas dificultades en su acción reconquistadora. Las comunicaciones entre los valles pirenaicos distaban mucho de ser fáciles y los nudos básicos de relación (Zaragoza y Lérida) estaban en poder de los musulmanes. El sistema de defensa de los moros del Ebro era de una solidez extraordinaria: por un lado, el núcleo Zaragozano con Tudela y Huesca, como puntos avanzados; por otro, el triángulo Lérida, Tarragona y Tortosa; entre ambos, relaciones eventuales de ayuda o de aspiraciones expansivas. Ahí está el por qué de la lentitud de los avances cristianos y la razón de que los esfuerzos reconquistadores se reconcentraran en la cuña del Cinca y de los dos Nogueras.

Pero si las dificultades que se oponían a la expansión aragonesa resultaban enormes, del otro lado del Pirineo les llegó a los cristianos una ayuda magnífica, porque es lo cierto que aquella muralla montañosa no separó a los pueblos que habitaban a uno y otro lado de sus vertientes. Así, Iñigo Arista, el primer rey indubitable de Pamplona, nombre éste con el que se conoció el primitivo núcleo que después había de denominarse Navarra, fué un noble de la Vasconia francesa, natural de Bitorra, valle pirenaico de la vertiente septentrional de la cordillera, correspondiente al de Broto, en la meridional. Más tarde, las alianzas matrimoniales suprimen las barreras de los Pirineos,



Sistema de defensa de los moros del Ebro: por un lado, el núcleo zaragozano, con Tudela y Huesca como puntos avanzados; por otro, el triángulo Lérida-Tarragona-Tortosa. (De *la obra del Prof. Vicens Vives España Geopolítica del Estado y del Imperio*).

creando intereses dinásticos y políticos que, unidos a la acción de la propaganda religiosa, en la que se distinguieron los monjes cluniacenses, producirán óptimos resultados en la reconquista del valle del Ebro. Monjes y clérigos fomentan estas alianzas. El primer rey de Aragón, Ramiro, contrae matrimonio con Ermesinda, y su hermano, García de Navarra, casa con Estefanía, hermana de aquélla; ambas de la casa condal de Bigorra. Los vizcondes de Bearne entran en relación con la casa real de Aragón mediante el matrimonio de Gastón V con Talea, sobrina segunda de Ramiro I. También la casa de Tolosa emparentó con la real de Aragón, lo mismo que la de Aquitania. Pero la relación de la que habrán de derivarse los más felices resultados es la que se establece con la gran casa Champañesa de Roucy por el matrimonio del monarca aragonés Sancho Ramírez con Felicia, hija del poderoso Hilduin, quien por sus parentescos, abre al aragonés el acceso a las principales cortes feudales del norte, este y oeste de Francia.

Castilla. Navarra. Aragón y el reino de Zaragoza aspiran al dominio del Ebro. Ninguno de los hijos de Sancho el Mayor quedó satisfecho del testamento paterno. Pronto, Ramiro mueve guerra a su hermano García de Navarra. Coaligado con los príncipes moros de Tudela, Zaragoza y Huesca, y en ocasión en que el navarro estaba ausente de su reino (en viaje de peregrinación a Roma, según ciertos autores) el aragonés y sus aliados ponen sitio a Tafalla, pero el oportuno regreso del navarro permitió a éste levantar el sitio, vencer al aragonés, al que puso en fuga, e invadir sus estados, apoderándose de gran parte de las tierras heredadas por Ramiro, cuya soberanía quedó reducida a Sobrarbe y Ribagorza, territorios que habían sido anexionados al reino de Aragón, al ser asesinado Gonzalo por su vasallo Ramonet de Gasuña en el puente de Monclus.

El éxito acompañó una vez más a García de Navarra que conquistó Calahorra, ciudad fuerte sobre el Ebro, y que, según parece, se apoderó, por poco tiempo, de Tudela.

El golpe fatal para el reino de Navarra no llegó del lado de Aragón, sino del de Castilla. Fernando de Castilla y García de Navarra, los dos hermanos, se enfrentaron en guerra. Más que el motivo de esta enemistad, nos interesan sus resultados. Fué García el que inició las hostilidades devastando las tierras



castellanas. En la extensa llanura de Atapuerca, a 18 kilómetros de Burgos por el lado del este, se encuentran los ejércitos de ambos hermanos y fracasada la misión de paz de dos excelsos varones, Santo Domingo, abad de Silos, «muy protegido de Fernando, pero poco grato a García, pues se había expatriado del reino de Navarra, hacía trece años, enemistado con su rey» y San Iñigo, abad de Oña, «muy querido de García», se entabló la batalla que tuvo fatales consecuencias para Navarra: la derrota y muerte de su rey, y la pérdida de territorios, con los cuales Castilla realizó su ideal de hacer del Ebro frontera con el reino navarro. En adelante, Castilla procurará aprovechar este nuevo camino de expansión, descendiendo a lo largo de la corriente.

A pocos kilómetros del campo de batalla, se levanta una aldea situada en uno de los altos valles de la meseta del Duero: la de Vivar, cuna del Cid Campeador. Unos once años tendría Rodrigo Díaz en la fecha de la batalla de Atapuerca. Su padre, Diego Lainez, fué uno de los actores y su casa se engrandeció con la victoria castellana, al recuperar del poder de los navarros el castillo de Ubierna, siete kilómetros al norte de Vivar, Bien ajeno estaba entonces el futuro héroe de Castilla de que su sangre se mezclaría con la del monarca navarro vencido y muerto, y que uno de sus nietos restauraría, andando el tiempo, el reino que tan maltrecho había quedado en los campos sangrientos de Atapuerca.

A partir de esta célebre batalla, una parte del Ebro es dominio de dos reinos cristianos: Castilla y Navarra; el resto pertenece a los musulmanes. Aragón está todavía confinado en la tierra montañosa, pero sus monarcas se esfuerzan por descender al llano.

Ramiro de Aragón había experimentado la superioridad de Navarra, como ésta había experimentado la de Castilla. El rey aragonés y el de Navarra, Sancho de Peñalén, sucesor del muerto en Atapuerca, se aproximan. Ramiro no pudiendo extender su territorio por el oeste, derivó sus energías hacia la parte oriental de sus estados, hacia la Litera y como la plaza de Graus, sobre el río Esera, le cerraba el camino, la sitió. Graus formaba un entrante amenazador del reino de Zaragoza en el territorio aragonés de Ribagorza. Por otra parte, el conde de Barcelona

que acababa de apoderarse de Camarasa, proyectaba edificar el castillo de Purroy y aspiraba a adueñarse de Estopiñán y otros castillos, sitios al sur del territorio ribagorzano, zona ésta dominada por los musulmanes y en la que se encontraba Graus. Si el conde de Barcelona triunfaba en sus aspiraciones, Aragón podía quedar encerrado para siempre en la zona montañosa. Se le cerraban los caminos de la reconquista.

Graus, como ya se ha dicho, pertenecía al reino moro de Zaragoza, único reino musulmán que tenía fronteras con todos los Estados cristianos de la Península. Su existencia estaba siempre en peligro y le era necesario contar con la eficaz ayuda de un monarca cristiano. Por esto, los reyes de Castilla, Aragón y Navarra que ambicionaban las tierras o las parias de Zaragoza ofrecieron su protección al monarca musulmán. En este empeño salió triunfante Fernando I de Castilla. Y esta es la causa por la que vemos a su primogénito, el infante don Sancho, el futuro Sancho II, intervenir en los negocios del reino zaragozano, en ayuda de su rey Moctádir Ben Hud, a cuyo ejército acompañaba cuando se movió en dirección norte, camino de Graus, plaza amenazada por el aragonés. Con el infante castellano iba también aquel mozuelo de Vivar, ya armado caballero, que así iniciaba su gloriosa carrera precisamente en ayuda del reino moro de Zaragoza, al cual volverá a servir más adelante, cuando se desnaturalice de Castilla.

Ramiro fué vencido en Graus, donde perdió la vida, como su hermano García en Atapuerca. Y a su derrota cooperaron las armas castellanas. Con razón ha podido decir don Ramón Menéndez Pidal: «Castilla vencía en Graus a los aragoneses del Pirineo, que eran vascos romanizados, como nueve años antes había vencido en Atapuerca a los navarros, vascos sin romanizar».

Ocurre esto en 1063. Sancho Ramírez es elevado al trono de Aragón. Pocos años después, 1065, otro Sancho ocupa el trono de Castilla. Años antes, en 1054, un tercer Sancho había ocupado el trono de Navarra. El de Castilla había heredado los propósitos de su padre de afianzar el dominio sobre el Ebro. El castellano pasó el Ebro y los tres Sanchos, nietos de Sancho el Mayor, lucharon en un llano, próximo a Viana, llamado **Campo de la Verdad**, porque de antiguo estaba destinado a los combates

entre caballeros. Los Sanchos de Navarra y Aragón, unidos en su mutua aspiración de recobrar los límites de la Tarraconense que Castilla venía mermando, vencieron a Sancho de Castilla, el cual tuvo que repasar el Ebro y fué perseguido por los vencedores. Resultado de esta victoria fué que Navarra recuperó la tierra comprendida entre los Montes de Oca y el Ebro. El dominio castellano sobre este río se había reducido notablemente.



Pronto Castilla halló ocasión de resarcirse. Bellido Dolfos dió muerte a Sancho de Castilla; cuatro años después, los infantes Ramón y Ermesenda despeñaron por el barranco de Peñaién a su hermano Sancho de Navarra. Navarra se encontró en situación difícil. El monarca asesinado dejaba dos hijos, todavía niños. Los reyes de Castilla y Aragón se dispusieron a aprovechar esta oportunidad. Cada uno de ellos tenía su partido en Navarra: los países de lengua euskalduna que antes habían

pertenecido a Castilla: Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y con ellos la parte de la Bureba, todavía en poder de Navarra, se inclinaron por Alfonso VI; el núcleo de la Navarra propiamente dicha se inclinó hacia Sancho Ramírez de Aragón. La Rioja, de origen navarro, se anexionó a Castilla, que así extendía su dominación por el Ebro. Y con la Rioja perdió Navarra las plazas de Calahorra y Nájera, la ciudad que había sido corte de los reyes de Navarra, cuyo gobierno fué confiado por Alfonso VI a García Ordóñez, el eterno rival del Cid.

En el año 1076 Sancho Ramírez, rey de Aragón, inicia su reinado en Navarra, lo que significa un refuerzo considerable en la empresa de la reconquista, que bajo este monarca recibe un impulso formidable hasta el extremo de poder afirmarse que Sancho Ramírez prepara los éxitos decisivos de su hijo Alfonso I. Estaba casado con Felicia de Roucy y ya ha quedado señalado cómo este matrimonio había de tener consecuencias trascendentales en la empresa reconquistadora. Es en este reinado y en el de uno de sus sucesores, el Batallador, donde se van a recoger los frutos de la supresión de la muralla pirenaica, lograda gracias a política matrimonial de los monarcas de Aragón y de Navarra.

Antes de ser elevado Sancho Ramírez al trono de Navarra, ha examinado este monarca, con voluntad firme, sus posibilidades de reconquista. Quiere a todo trance descender a la tierra baja, cultivable y rica, abandonando la mísera montaña. Su noble ambición señala el Ebro como objetivo, pero no deja de advertir los avances de los castellanos en este río, ni el peligro que para sus proyectos representa el conde de Urgel que ataca incesantemente a los moros de Barbastro, Monzón y Lérida. Sancho Ramírez tiene que abrirse una ruta hacia el Ebro, antes de que sus rivales le cierren todos los caminos. Y a esto responde el sitio de Barbastro, principal fortaleza de la frontera de Lérida, junto al río Vero.

El enemigo a quien se dispone a combatir el monarca aragonés es fuerte; los refuerzos que puede recibir están próximos; las fuerzas de Aragón son escasas. ¿De dónde recibirá la ayuda que tanto necesita? De Francia llegará esta vez el auxilio.

Treinta y un años antes que Urbano II estimulase a la Cristiandad en el Concilio de Clermont para que acudiese a Pales-

tina a rescatar el Santo Sepulcro del poder de los turcos, Francia iniciaba su primera Cruzada contra los secuaces de Mahoma.

A los dos años de ser elevado al Solio pontificio, por la influencia de Cluny, Alejandro II, ordenaba la predicación en Italia, Francia y quizá en el resto del occidente cristiano, de una cruzada contra los musulmanes que, después del desastre de Graus, amenazaban la existencia de los reinos de Navarra y Aragón. La Cristiandad estaba preocupada por la presión que ejercían los musulmanes sobre los altos valles de la cuenca del Ebro. Y hacia España se dirigió un verdadero ejército internacional, en el que predominaba la caballería francesa, de la que formaban parte caballeros de casi todas las regiones de Francia, especialmente aquitanos y normandos, capitaneados éstos por un barón de la Baja Normandía, Robert Crespín, cuyos éxitos debidos a su bravura y audacia, impresionaron a los musulmanes. Un gran historiador cordobés, Ben Haiyan, nos ha transmitido un relato vivo y detallado de esta expedición. El cordobés consigna que el mando supremo de esta cruzada estuvo confiado al «capitán de la caballería de Roma», es decir, al gonfalonero papal, un aventurero famoso, Guillermo de Montreuil, llamado el «buen normando», que llegó a España con contingentes italianos, enviados por el Papa, a los que se unieron en el camino caballeros de Provenza y Languedoc. También acudieron en ayuda de los aragoneses Berenguer, obispo de Vich, y Ermenegol III, conde de Urgel.

La mayoría de los cruzados llegaron por la gran ruta de las peregrinaciones jacobeanas, la de Somport. La concentración de los ejércitos cristianos estaba terminada en mayo de 1064.

Los cruzados sitiaron Barbastro, fuerte y elevada posición, que abría hacia el sur el camino a las fértiles llanuras del Ebro y era llave, hacia el norte, de la región montañosa del Alto Aragón.

La ciudad, floreciente y rica, tenía entonces una población muy superior a la actual; era célebre por sus escuelas coránicas, por sus fértiles huertos y por ser centro de un próspero comercio. Asentada sobre una colina y rodeada de fuertes murallas, los sitiados hubieran prolongado su resistencia durante un tiempo mucho mayor que los cuarenta días que duró el sitio, si un feliz accidente no hubiera venido en ayuda de los cristianos: la

obstrucción de un acueducto subterráneo que abastecía de agua a la ciudad, obstrucción ocasionada por la caída de una gran piedra de sus antiguas fortificaciones. Barbastro tuvo que rendirse: la vida de sus defensores sería respetada, pero entregarían a los cruzados victoriosos bienes y familias.

La capitulación no se cumplió, Ben Haiyan hace un relato dramático y emocionante de los excesos cometidos por los cristianos. Guillermo de Montreuil, el jefe de los cruzados, mandó matar a 6.000 de los vencidos, tan pronto abandonaron la ciudad; gran número de niños y ancianos perecieron en las puertas de la muralla oprimidos por la muchedumbre, cuando se permitió a ésta salir a saciar la sed. Los vencedores se repartieron entre ellos las casas con sus moradores y riquezas. Los cruzados torturaban a los musulmanes para que descubriesen los tesoros ocultos; violaban las mujeres y las hijas de los vencidos que, cargados de hierros, veíanse obligados a presenciar estas bochornosas escenas.

En la toma de Barbastro sufrieron muerte o cautiverio cincuenta mil musulmanes. Toda la comarca fué saqueada a sangre y fuego. Al «capitán de la caballería de Roma» le tocó en el reparto un harem de 500 jóvenes y 500 cargas de muebles, alhajas y ropas. El conde de Urgel recibió un tercio de la ciudad; los otros jefes cristianos se repartieron los dos tercios restantes. El Occidente quedó impresionado por la cuantía y riqueza del botín. El éxito de las armas cristianas se difundió a través de Europa por medio de los esclavos que, procedentes de Barbastro, se vendían en los mercados. En Córdoba y en el mundo musulmán, la caída de Barbastro produjo honda impresión; fué la revelación de una fuerza nueva, con la que había que contar: la Cristiandad.

Una guarnición franco-española quedó guarneciendo la plaza; el resto de los cruzados regresó a sus hogares. Los que quedaron en Barbastro se contagiaron del ambiente musulmán y acabaron vencidos por éste. Fueron dominados por el afán de lujo y por los placeres del harem.

Merece ser conocida una escena que conoció Ben Haiyan por un corresponsal de la frontera: «En casa de un conde de la guarnición se presentó un día cierto judío, encargado de rescatar a cualquier precio las hijas del antiguo dueño, ilustre musulmán

que había escapado a la matanza. El judío encontró al conde vestido con los mejores trajes moriscos del antiguo señor, sentado en un sofá y rodeado de hermosísimas jóvenes que le servían: nada se había cambiado, ni en los muebles ni en las costumbres de aquella vivienda mora, sino el señor de ella, que ahora era un cristiano. El judío manifestó al conde que pidiese precio —y se lo entregaría sin el menor regateo— por cada una de aquellas muchachas. Pero el conde hizo que una de las jóvenes fuese sacando ante el judío tal cantidad de sacos de oro, joyeros, arquetas, fardos de sedas y brocados, que eran un asombro: el montón de aquellas riquezas impidió la vista en el espacioso aposento; aunque nada de esto tuviese, dijo entonces el conde al judío, y me quisieses dar mucho más no te cedería mi preferida, aquella que ves allí, que es hija del antiguo dueño». Y continuaba: «¿Ves aquella otra jovencita de tan reluciente hermosura?, pues era la cantora de su padre, un licencioso que, cuando estaba tomado del vino, se deleitaba en oír canciones; esto duró hasta que nosotros le despertamos. En seguida, llamando a la muchacha, le dijo en árabe chapurreado: Coje tu laúd y canta a nuestro huésped alguna tonada. La morica tomó el laúd y sentóse para templararlo; por sus mejillas vió el judío rodar lágrimas de recuerdos dolorosos, lágrimas que el cristiano enjugaba furtivamente en caricias inoportunas. La morita cantó. Entonó unos versos, cuya complicada retórica árabe era incomprendible para el judío y, por tanto, mucho más lo era para el cristiano; sin embargo, el conde mientras bebía copiosamente, escuchaba con embelesado gesto, como si entendiese la letra de aquel aire».

Un monje de Montecasino, Amado, se escandalizaba al contemplar hasta que punto «el fuego de amor» había devorado a los cruzados y anunciaba, para en breve, el castigo de Dios.

Conquistada la ciudad, fué puesta bajo la soberanía del rey de Aragón, quedando en ella Ermengol, conde de Urgel, como alcaide de su castillo o como copartícipe de la conquista.

Tal impresión produjo en la España musulmana la caída de la importante plaza fuerte pirenaica, que Motádid, rey de Sevilla, se apresuró a enviar un ejército de socorro a Moctádir, rey de Zaragoza. Con el refuerzo de 500 caballeros sevillanos, el rey de Zaragoza atacó a Barbastro. En una salida de los si-

tiados, los musulmanes destrozaron a mil caballeros y cinco mil infantes cristianos. El mismo conde de Urgel pereció en una de las salidas. A poco, Barbastro fué recuperada por los musulmanes, tras un asalto encarnizado. Las represalias de los vencedores correspondieron a los desmanes cometidos por los cristianos, cuando éstos entraron vencedores en la plaza: la mayor parte de la guarnición franco-española fué pasada a cuchillo. Algunos franceses, con Robert Crespín a la cabeza, pudieron escapar. Probablemente, en esta retirada, murió en Guipúzcoa el conde de Chálons.

El dominio cristiano en Barbastro fué bien efímero, no llegó a un año. Durante treinta y cinco años volverán a dominar en ella los musulmanes y, al cabo de este tiempo, caerá en poder de los cristianos, como fruta madura, consecuencia natural de los progresos de la reconquista aragonesa.

Sin embargo, el fracaso de Barbastro no debilitó el entusiasmo de la cristiandad; su ayuda en la reconquista española, tanto en la pirenaica, como en la castellana—recuérdese la ayuda francesa a Alfonso VI—, había de prolongarse y superarse.

Sancho Ramírez continúa, tenaz, la reconquista. En 1076 se apodera de un fuerte castillo, llamado Muñones, a una legua de Graus, en cuyo sitio había perecido su padre, el castillo que defendió en adelante, el condado de Ribagorza de los ataques del vali de Huesca. Pocos años después Graus cayó en poder de los aragoneses.

El monarca navarro-aragonés resuelve a abrirse camino siguiendo el curso del Gállego, forzando su paso por la Peña y apoderándose de Marcuello, Murillo y Loarre. La posesión de estas plazas situadas en ambas orillas del Gállego, asegura a Sancho Ramírez el camino del expresado río y constituye una amenaza a las comarcas de Cinco Villas y las Bardenas. En efecto, en el año 1084, Sancho Ramírez cae sobre la plaza de Arguedas y la hace suya, después de vencer a los moros de Tudela. Sancho Ramírez ha logrado un enclave cristiano en territorio musulmán. Tudela está amenazada, y tan firme es el propósito del monarca cristiano de combatirla que, pocos años después, 1093, hacía donación al monasterio benedictino de San Ponce de Torneras, en territorio de Narbona, de la iglesia y capellanías de Tudela, si Dios se la diere. La audacia del monarca



navarro-aragonés quizá se debiera a contrarrestar los propósitos de Alfonso VI de Castilla, decidido a intervenir en los negocios de Zaragoza, ya que a principios de 1085 acampó con su hueste sobre la capital del reino musulmán, jurando no abandonar la empresa hasta tomar posesión de la codiciada plaza. Cayó Toledo en poder del castellano, que continuó tenaz el cerco de Zaragoza, tanto en oposición al reino navarro-aragonés, que aspiraba a dicha plaza por exigencias naturales de sus fronteras, orno al Cid, que estaba al servicio de Mostain. Este llegó a ofrecer a Alfonso VI considerable suma para que levantase el sitio. Tan seguro se creía el castellano que contestó al rey de Zaragoza: «El oro que me ofreces y la ciudad todo es mío».

No contaba Alfonso VI con una fuerza nueva capaz de detener y cercenar la serie de sus victorias. Los reyes de Taifas estaban atemorizados ante el empuje victorioso del monarca castellano. Había caído Toledo, estaba a punto de rendirse Zaragoza. Alfonso humillaba a los reyes de Taifas, redoblando sus exigencias. Ante tales hechos y ante tal conducta, los musulmanes de España llamaron en su ayuda a los almorávides. Pronto la noticia del desembarco de éstos en las costas españolas fué transmitida a Alfonso desde la frontera de Toledo. La caída de Zaragoza parecía inminente hasta el extremo de que Alfonso había rechazado altanero, como hemos visto, compensaciones importantes si levantaba el cerco de la ciudad. Ahora, ante el peligro almorávide y creyendo que la noticia del desembarco era ignorada por Mostain se apresuró a comunicar a éste que estaba dispuesto a aceptar lo que antes había rechazado, pero la llegada de los almorávides era conocida también por Mostain que contestó a Alfonso «que no daría ni un miserable dirhem». El castellano tuvo que levantar el cerco y solicitar ayudas para hacer frente al invasor. La derrota cristiana de Sagrajas fué la revelación de una fuerza nueva, capaz de realizar la unión del mundo musulmán de uno y otro lado del estrecho, constituyendo un serio peligro para la España cristiana y para toda la cristiandad.

El peligro que amenazaba a España conmovió a la Europa occidental. El Pontífice predicó la cruzada y en la primavera de 1087 llegaba a España el ejército que se preparaba en Francia, compuesto de una parte muy numerosa y selecta de la nobleza

francesa: barones de la Isla de Francia, de Champaña, de Borgoña, de Aquitania, de Normandía, de Provenza, de Languedoc, de Lemosin, de Poitou, de Gascuña; apenas había región francesa que no estuviese dignamente representada. Señalemos los nombres de algunos cruzados: El duque de Borgoña, Eudes I Borel, con sus hermanos Roberto y Enrique, futuro conde de



Portugal por su matrimonio con doña Teresa, bastarda de Alfonso VI, de quienes desciende la primera dinastía real portuguesa; su primo Ramón, conde de Arnous, en el Franco Condado, futuro yerno de Alfonso VI, de cuyo matrimonio con doña Urraca, desciende Alfonso VII, el primer monarca de la dinastía borgoñona, tan ligado a la historia de Galicia; Ramón de Saint Gilles, conde de Tolosa, futuro héroe de la primera cruzada de Oriente; Humberto de Joinville, ascendiente del historiador del santo rey de Francia Luis IX; Savary de Donzy, futuro conde

de Chalons; Guillermo le Charpentier, vizconde de Melun, hercúleo, charlatán y valiente, pero fácil presa de depresiones nerviosas, que había de provocar, años después, la repulsa de la cristiandad, por su conducta en Antioquía.

Pero estos contingentes, tan anhelados por Alfonso VI, no se dirigieron a combatir contra los almorávides, sino que acercándose al valle del Ebro, ofrecieron sus servicios a Sancho Ramírez. No le venía mal este refuerzo al monarca navarro-aragonés. Siempre había puesto sus miras en Zaragoza, en debilitar el poderío de sus vecinos musulmanes, pero ante el poder de Alfonso VI, sitiador de Zaragoza, y ante la amenaza de la espada cidiana, había reconocido el derecho del castellano a la conquista de aquella ciudad. Ahora las circunstancias habían cambiado: la invasión almorávide había obligado a Alfonso a levantar el sitio y Sancho Ramírez volvía a sus propósitos de siempre.

A Tudela se encaminó la expedición francesa; la ciudad fué sitiada y quizá hubiera caído en poder de las armas cristianas si la desconfianza, y con ella las disensiones, no hubieran perturbado la unidad y concordia de los sitiadores. Al charlatán y bravo Guillermo le Charpentier se le acusó de doblez, de tratos con los moros con innobles propósitos; la misma acusación que había de recaer sobre él en Antioquía. El esfuerzo francés fracasó después de soportar los duros trabajos del asedio, y los expedicionarios se dispersaron regresando a su patria. Sólo los borgoñones, con Ramón y Enrique, marcharon hacia Castilla, donde les esperaba su tía doña Constanza, la mujer de Alfonso VI. El resultado político de este viaje lo he señalado anteriormente.

Tras la esporádica ayuda francesa, se reanuda la reconquista. En tanto que el conde de Barcelona, dispersando siempre sus esfuerzos, disputa con el conde de Carasona, piensa en la conquista de Tarragona y rivaliza con el Cid por la posesión de Valencia, su vasallo Ermengol IV, conde de Urgel, ayudado por los aragoneses, conquista Balaguer, plaza fuerte sobre el Segre, pero no logra expulsar a los musulmanes de las ásperas sierras de Prades y de Ciurana. La ciudad se pierde a poco, en tiempos del sucesor de Ermengol IV, y no volverá a poder de los cristianos hasta 1106. Entonces de manera definitiva.

No perdía el tiempo Sancho Ramírez, que lleva a cabo una serie de conquistas que van a cuadruplicar en treinta y dos años la extensión del reino de Aragón. En 1089 ios aragoneses abren el camino de Huesca y el del valle medio del Cinca, con la reconquista de Monzón, plaza que defendía un enriscado y fuerte castillo, a 54 kilómetros de la capital del estado vasallo de los reyes de Zaragoza. El vali de Huesca se ve obligado a pagar tributo al rey de Aragón. A poco cae en poder de los aragoneses ia fortaleza de Naval, en las estribaciones orientales de la sierra de Arbe, próxima a Barbastro, y se puebla a Luna. Con la viste y la voluntad puestas en Huesca, Sancho Ramírez fortificó los castillos de Marcuello, Loarre y Alquézar y fundó Montearagón, a solo una legua de Huesca. La conquista de esta plaza estaba decidida. El aragonés emprende el sitio de la ciudad, asentando sus reales en un cerro próximo a ia plaza, que recibió el nombre de Pueyo de Sancho. En el sitio, murió el buen rey de Navarra y Aragón. Su hijo y sucesor Pedro continuó la empresa. El rey de Zaragoza advirtió bien pronto el peligro que para su territorio significaba la caída de plaza tan importante y se apresuró a reunir un ejército de socorro. Pedro triunfó sobre los musulmanes en la batalla de Alcoraz. A los cuatro días de esta victoria se rindió Huesca. Los aragoneses prosiguen la empresa de la reconquista y se apoderan del castillo de Calasanz, cerca de Bolea. Todo el baluarte del río Vero estaba amenazado y con él Barbastro, que tuvo que capitular. La toma de Barbastro abría a ios aragoneses una nueva puerta de invasión hacia las tierras llanas del Ebro. A poco murió don Pedro. A su hermano y sucesor Alfonso I el Batallador le estaba reservada la gloria de aprovechar las empresas de sus dos inmediatos antecesores, su padre y su hermano, asegurando el dominio cristiano sobre el Ebro.

Durante treinta años reinó en Navarra y Aragón Alfonso I el Batallador, quien hizo guerra sin tregua a la morisma. Reinado fecundo que significó el derrumbamiento de los Ben Hud de Zaragoza. Pero la labor del Batallador no se reduce tan solo a batallar; su obra legislativa, traducida en gran número de fueros municipales, es importantísima, como lo es la repoblación de ciudades, gracias a los privilegios y franquicias concedidos a los que fueran a avecindarse en ellas; restauró abundantes iglesias y es patente la influencia francesa en la vida civil, religiosa, militar y feudal de los estados sobre los que reinó el segundogénito de Sancho Ramírez. Muy sugestivo es el estudio de cualquiera de estos aspectos, pero este trabajo tiene un campo definido y bien acotado: estudiar cómo las tierras del Ebro van cambiando de dueño, pasando de manos musulmanas a manos cristianas.

En los primeros años del reinado del Batallador no avanza un paso la reconquista. Ocupan la atención del monarca los problemas de Castilla derivados de su matrimonio con doña Urraca, hija de Alfonso VI y viuda de Raimundo de Borgoña, las hondas desavenencias entre los esposos y las dificultades planteadas por los partidarios de Alfonso Raimúndez, el que fué luego Alfonso VII, entre los que sobresalen el obispo compostelano, Diego Gelmírez, y el conde de Traba, don Pedro Froilaz.

Del Batallador era toda la tierra situada a orilla izquierda del Gállego y la que se extendía a ambas orillas del Aragón. Desde las estribaciones montañosas del Pirineo podía contemplar la comarca de las Cinco Villas, cuya posesión le haría dueño de una parte de la margen izquierda del Ebro. Las dos principales plazas del Ebro medio, Zaragoza y Tudela, estaban amenazadas; la primera, por el Castellar a cinco leguas de Zaragoza; la segunda por Arguedas, próxima a Tudela; las dos en la margen izquierda del río. Alfonso el Batallador iba a beneficiarse de la estrategia de su padre, Sancho Ramírez.

Una vez que abandona Castilla y se retira a sus estados, el Batallador identifica su vida con la acción reconquistadora. El



RECONQUISTA ARAGONESA

peligro almorávide se hacía cada vez mayor. Valencia había caído en poder de los nuevos dueños de España, después de la muerte del Cid, y la posesión de aquel reino constituía una grave amenaza para la España cristiana del NE, en la que penetraron apoderándose de Fraga, cerca de Lérida. Mostain de Zaragoza ofrecía vasallaje al sultán almorávide. Así, la marea almorávide amenazaba desde las fronteras de los estados cristianos del norte sobre toda la línea del Ebro. El peligro tuvo la eficacia de conmover, una vez más, a la cristiandad. El cluniacense Pascual II, como sus sucesores en el pontificado, Gelasio II y Calixto II, se dieron cuenta del peligro que el poder musulmán representaba, no solo para España, sino para toda la Europa cristiana. Y la voz del Papa fué escuchada y de nuevo encontramos en España caballeros cruzados dispuestos a oponerse al empuje almorávide. Y tanto Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, como Alfonso el Batallador, fueron dignos de esta ayuda que llegaba del otro lado de los Pirineos.

Mostain de Zaragoza queriendo extender su frontera hacia el NO. invadió la Navarra meridional, logrando rendir la plaza de Olite, que capituló tras un fuerte asedio. A su regreso, el rey de Zaragoza fué derrotado y muerto por las tropas del Batallador en Valtierra. El monarca navarro-aragonés supo aprovechar la victoria y la confusión que la muerte del rey musulmán produjo entre los suyos, ocupando la comarca de Cinco Villas con las plazas de Ejea de los Caballeros (la Segia de los íberos) y Tauste. Arguedas y el Castellar, las dos conquistas de Sancho Ramírez, estaban ahora unidas por tierras cristianas. De la orilla izquierda del Ebro se había expulsado a los musulmanes.

Alfonso el Batallador, desde el Castellar, apretaba el sitio de Zaragoza, pero para lograr la caída de la capital musulmana había que vencer una dificultad. Alfonso, como siglos después Napoleón, comprendió que la posesión de Tudela era necesaria si se quería tomar Zaragoza. Y la reconquista de aquella ciudad quedó decidida en el campo cristiano.

Poblada de moros bravos, feroces y expertos, como frontezos, en ardidés guerreros, asentada en fértiles campos y con próspero comercio, unos y otro tan elogiados por el moro Rasis; protegida por inexpugnable castillo, asentada sobre una colina

con el Ebro a sus piés, como foso natural, la posesión de Tudela por los moros era una ayuda valiosa y eficaz para los zaragozanos. Tudela constituye la llave del Ebro medio a la salida de la gran ruta de Roncesvalles y Pamplona hacia Zaragoza. La navegación del Ebro se remontaba aguas arriba de Zaragoza hasta Tudela: el fuero concedido a Tudela por el Batallador en 1115 señala la existencia **in Ebro portus navibus**. Por las aguas del Ebro los moros tudelanos podían proveer de vituallas y armamento a sus correligionarios zaragozanos. Había que interrumpir esa comunicación para que el bloqueo de Zaragoza resultase eficaz.

En ayuda de Alfonso el Batallador había llegado lo más florido de la caballería francesa. Con el noble normando Rotrón, conde de Perche y de Mortagne, primo del monarca cristiano, habían traspuesto los Pirineos, otros caballeros normandos. A Gastón IV, vizconde de Bearne, uno de los héroes de la Cruzada de Tierra Santa, acompañaban su hermano Centulio II, conde de Bigorra, Pedro, señor de Gabarret, Arnaldo, vizconde de Lavedan, el obispo de Lescar y otros muchos caballeros de Bearne y Gascuña, ávidos de victorias y botín.

Jerónimo Zurita, el exacto cronista aragonés, y el P. Moret, jesuita y cronista navarro, coinciden en estimar que la conquista de Tudela se debió a un ardid de Rotrón, conde de Perche, y el segundo, junto con otros historiadores regionales añaden detalles, que pueden resumirse así: al frente de seiscientos caballeros y otros tantos infantes salió el noble normando del Castellar, con órdenes del rey para que le prestasen ayuda los pueblos navarros, próximos a Tudela. El hallarse bajo dominio musulmán los pueblos limítrofes de Tudela, situados en la margen derecha del río, induce a sospechar que el conde de Perche, lo atravesaría aguas arriba de Tudeia y que aprovechando tanto las sombras de la noche como la abundancia de arbolado que entonces existía en esta zona, conduciría sus fuerzas a los olivares del término de Tudela conocido por el nombre de la Delantera, donde algunos historiadores aseguran que preparó la emboscada. Al amanecer se presentó el normando, seguido de escaso número de jinetes a la vista de la ciudad, talando los campos y apresando los ganados que encontraba. Los moros tudelanos salieron tumultuosamente para castigar la osadía de los cristianos; éstos fingie-



ron resistir, pero con meditada industria empezaron a retirarse, cediendo parte de la presa para cebar a sus enemigos que, ofuscados, se van alejando de la plaza. Este es el momento esperado por Rotrón para que, previa una señal convenida, aparezcan ios emboscados que se dirigen a la ciudad que fácilmente cae en su poder. Los musulmanes se encuentran amenazados por ambos frentes, el desorden más completo reina en sus huestes. Rotrón, conde de Perche, toma posesión de Tudela a nombre de Alfonso Sánchez, rey de Navarra y de Aragón.

Ninguno de los historiadores que recoge esta versión de la reconquista de Tudela señala su procedencia. ¿Fantasía? ¿Realidad? ¿Simple leyenda transmitida por la tradición? Para qué entrar en averiguaciones. «Nada más fácil, dice Chesterton, que explicarse por qué una leyenda recibe, —y lo merece—, tratamiento más respetuoso que cualquiera historia; la leyenda suelen crearla las mayorías de las poblaciones y aldeas, que son siempre gente saludable; al paso que los libros de historia los escribe el único enfermo que hay en la aldea».

Por lo demás, ardidés semejantes eran frecuentes en la Edad Media; de uno de ellos se valió el buen caballero de Vivar. El «Poema de Mío Cid» nos relata la forma en que el Campeador se apoderó de Castejón, en el reino moro de Toledo, y de Alcocer, lugar hoy desconocido que, probablemente, estuvo situado en la orilla izquierda del Jalón, entre Ateca y Calatayud.

Señalemos la fecha de la reconquista de Tudela. La recoge el Fuero General de Navarra con estas palabras: Fué ganada Tudela por el ilustre rey Alfonso con la gracia de Dios y con el auxilio de los barones nobles de la tierra y del conde de Perticha en la era mil ciento cincuenta y dos, en el mes de agosto (1).

No estará de más dedicar unas palabras al conquistador de Tudela, quien continuó cooperando en las empresas del Batallador Hijo de Godofredo II, conde de Perche y de Mortagne, y de Beatriz de Roucy, hermana de Felicia, la reina de Aragón, estaba emparentado con el monarca que regía los destinos de la doble monarquía; sobrino del fogoso arzobispo de Reims, Manassés I, cuyo espíritu de independencia feudal, fué una de las

(1) La fecha de la reconquista de Tudela está en vías de revisión. José M.<sup>a</sup> Lacarra, *La fecha de la reconquista de Tudela*, en «Príncipe de Viana» XXII (Pamplona, 1946).

pesadillas de Gregorio VII Gran señor, vasallo del rey de Francia y del duque de Normandía, era el prototipo de los caballeros medievales. Intrépido, infatigable, cruzó varias veces los caminos de Francia y España, acudió de un campo de batalla a otro; en un mismo año le vemos pelear a un lado y otro del Pirineo, mezclado en todas las grandes empresas de su tiempo. Toma parte en la batalla de Valtierra, en unión de otros nobles franceses, pero quejoso, quizá de que las promesas de su primo, el Batallador, no se convierten en realidades, el bravo caballero regresa a Francia, ya que en 1112 y 1113 lo encontramos guerreando en los campos de Normandía.

Del campamento del Batallador llegan noticias halagadoras para la vocación guerrera del conde. La reconquista se preveía llena de venturosas promesas. En los planes de Alfonso entra la conquista de Tudela y Zaragoza; ocasión para poder lucir una vez más su valor y su ingenio. En la conquista de Tudela ha sido factor principal, como hemos visto; en la de Zaragoza, compartirá la dirección y la gloria con Gastón de Bearne. Y el Batallador heredará a su primo en Zaragoza otorgándole el barrio comprendido entre la iglesia mayor (hoy catedral de la Seo), y San Nicolás, donde una calle perpetúa todavía el nombre del buen normando, como años anteriores le había concedido el señorío de Tudela.

Después de la conquista de Zaragoza acompaña al Batallador en todas las acciones que han consagrado su prestigio militar. No falta en la célebre expedición a Andalucía, ni en la acción de Fraga, cuyo resultado desastroso reparó en parte. Pero no sólo los campos españoles y franceses fueron escenario de sus hazañas. Antes había participado en la primera cruzada, interviniendo en la conquista de Antioquía. Un hombre, como Rotrón, nacido para la guerra, en la que consume su vida, había de encontrar en ella su muerte. Acaeció ésta en 1144, en el sitio de Rouen. Tal fué el guerrero.

Sus condiciones políticas no desmerecen de las militares. Flexible y hábil, amigo del pródigo Roberto Courteheuse, pasa después al partido de Enrique I Beauclerc, mantiene relaciones con Luis el Gordo y Luis el Joven; aliado indistintamente, después de 1135, de Esteban de Blois y de Godofredo de Anjou que rivalizaban en la codicia de la herencia anglo-normanda, redon-

de sus dominios franceses con los señoríos de Bellême y de Moulins-la-Marche, conquista simpatías en todos los campos y viene a ser por su piedad y su generosidad, el gran amigo de los clérigos y monjes de Normandía. La fundación de la célebre abadía de la Trapa y sus donaciones a diversas iglesias y monasterios le granjean la amistad y el profundo reconocimiento de la Iglesia, como se acredita en la obra del cronista Orderico Vital.

Volvamos a la empresa de la reconquista. La de Tudela tuvo trascendencia extraordinaria: así como el triunfo de las armas cristianas en Alcoraz fué el primer campaneó anunciador de la reconquista de Zaragoza, la victoria cristiana de Tudela fué presagio de que era inevitable e inminente la ruina del más temible estado musulmán de la península.

En efecto, la muerte de Mostain, en el desastre musulmán de Valtierra, había encendido la guerra civil entre los moros de Zaragoza. Los partidarios de los almorávides se posesionaron de la Aljafería, la residencia real, y del primer cerco de murallas, las calles de la ciudad se convirtieron en campo de batalla entre aquéllos y los secuaces de los Ben-Hud. Los primeros proclamaron al valí de Valencia y obligaron al hijo de Mostain a retirarse a Rueda (castillo situado a la orilla izquierda del Ebro, frente a la villa de Escatrón, que está a la derecha, a 20 kms. de Caspe). De Zaragoza se habían posesionado los almorávides. Rueda fué, como dice Codera, el último baluarte del reino zaragozano.

La caída de Tudela había dejado al descubierto el flanco occidental de la defensa de Zaragoza. La situación de la capital produjo honda impresión entre los musulmanes españoles. Alfonso el Batallador no cesa en su propósito de incorporar Zaragoza a su reino de Aragón y un nuevo ejército de cruzados se prepara a secundar sus propósitos. Tantos fueron que los cronistas árabes los comparan a una «lluvia de hormigas y de langostas». La expedición se organizó en un concilio que Gelasio II reunió en Tolosa y al que envió, en calidad de legado a Pedro, obispo electo de Zaragoza. Los cruzados transpirenáticos se reunieron en el mes de mayo con los combatientes aragoneses y navarros, dispuestos a terminar la conquista de Zaragoza. Una vez más, los negocios de Castilla, habían apartado a Alfonso del escenario de la lucha, por lo que es de creer que tomarían la

dirección de la empresa Gastón de Bearn que, dominaba la técnica de los sitios como lo había en el de Jerusalem, y Rotrón, conde de Perche. A mediados de mayo los cristianos se encuentran en Ayerbe (punto de convergencia de la gran vía romana de Somport y de la que a través de Cinco Villas entraba en Navarra), e inician las operaciones de bloqueo arrebatando a los musulmanes las plazas que protegen la gran ciudad a la salida de los valles sobre la gran ruta de los Pirineos al Ebro, desde los ríos Arba y Gállego hasta el Cinca, tales como Gurrea, Zuera, Almudévar, Sariñena, y ocupando las colinas que forman la defensa natural de Zaragoza, así como todos sus alrededores. En tanto que el grueso del ejército cristiano está acampado ante Zaragoza, no cesan las algaradas en territorio musulmán, para evitar que se enviasen refuerzos a la ciudad sitiada, señaladamente en tierras de Lérida y Fraga, levantando al norte de la última plaza un castillo, denominado de Hagón, lo que significaba el propósito del Batallador de disponer de un punto avanzado que le sirviera de base para ulteriores operaciones sobre Fraga, de la misma manera que su padre había edificado el Castellar, en su aspiración a la conquista de Zaragoza. Cayó, tras ocho días de operaciones de asalto, el recinto amurallado que hoy ocupa el barrio de Altabás. Pero para dominar el segundo cerco, que era de piedra, defendido por el Ebro y por el Huerva, los cristianos tuvieron que emprender un sitio en regla. El conocimiento de las máquinas de sitio que el de Bearn había utilizado en Jerusalem, tuvo también aplicación en Zaragoza. Sobre la ciudad caían gran número de piedras y de proyectiles incendiarios, según un relato musulmán. El bloqueo se estrechaba, los sitiados, que llevaban siete meses resistiendo encarnizadamente, solicitaron ayuda del sultán de los almorávides.

Alí ben Yusuf se dió cuenta del peligro y «comprendiendo que la caída de Zaragoza sería para los musulmanes de España un golpe tan terrible como la de Toledo y que así como la pérdida de ésta presuponía la de Córdoba y Sevilla, la de Zaragoza anunciaba la de Valencia», reunió precipitadamente un ejército de socorro que puso bajo el mando de su hermano Temín, y que avanzó hasta el lugar de María, sobre el río Huerva, a pocos kilómetros de Zaragoza, limitándose a fortificar la plaza; otro

ejército de socorro que avanzaba desde Valencia, fué sorprendido y derrotado por el Batallador.

Nada tiene de sorprendente la inacción de Temín, sabiendo que es el héroe por fuerza de Uclés, que si luchó y venció en aquella jornada fué merced al arrojo de sus generales que le arrastraron a la lucha contra su voluntad.

Los sitiados perdieron toda esperanza de ayuda; aún así fué necesario recurrir al asalto: los navarros capitaneados por Guillermo, obispo de Pamplona, francés de nación, abrieron la brecha: la parroquia de San Miguel de los Navarros recuerda el hecho. Acontecimiento capital fué la conquista de Zaragoza, «una de las más grandes ciudades de l'Andalus», al decir de El-Edrisi.

El prestigio y la importancia de Zaragoza en los días de su reconquista era extraordinario. Desde el primer tercio del siglo XI al primer cuarto del XII, el reino de Zaragoza se había colocado a la cabeza de los estados musulmanes de la Península, ya que Córdoba, Sevilla y Toledo, caídas en franca decadencia a consecuencia de las guerras civiles y de la anarquía, eran presas fáciles para la conquista almorávide o cristiana. La Zaragoza de los Ben Hud había resistido durante cerca de cien años el esfuerzo obstinado de los cristianos pirenaicos. Los historiadores y geógrafos musulmanes ponderan su excelente situación, en el centro del valle del Ebro, en el entrecruzamiento de vías naturales, terrestres y fluviales, que la comunicaban con Francia a través de los pasos pirenaicos, con el Mediterráneo y con la meseta. Bajo los Ben Hud había alcanzado un grado de prosperidad sin igual. Tan floreciente y populosa que sólo puede compararse a Córdoba, cuando era capital del imperio omeya, afirma Ben Haiyan.

El Batallador concedió el señorío de la ciudad a Gastón de Bearne y un barrio de la misma, como he dicho anteriormente. a Rotrón conde de Álperche.

La reconquista de Zaragoza fué tan transcendental que sus consecuencias se hicieron sentir inmediatamente: en menos de dos años Alfonso el Batallador pudo completar la unidad de Aragón. El primer resultado de la posesión de Tudela y Zaragoza fué la rápida conquista de todas las plazas fuertes que, situadas en la margen derecha del Ebro, separaban ambas ciu-

dades. Cayó Alagón, sobre el río Jalón; después tocó el turno a las plazas fuertes situadas entre el Queiles, el Huecha y el Jalón, afluentes del gran río, tales como Epila, Riela, Mallén. Magallón y Borja, primera etapa hacia la ocupación de la línea de defensa natural del reino de Aragón, constituida por los macizos montañosos situados al sur y suroeste, próximos a la Meseta castellana. Pero el principal triunfo cristiano en estas comarcas lo constituyó la reconquista de Tarazona, antiguo obispado romano sobre el Queiles, cuya posesión aseguraba la de Tudela y llevaba los límites de Aragón hasta el Moncayo, murallón que separa Aragón de Castilla y desde donde se podían vigilar todo el valle y las regiones adyacentes.

La caída de Zaragoza y sus inmediatas consecuencias produjo honda impresión en el mundo musulmán. El Miramamolín, es decir, el califa del imperio almorávide, Ali-ben-Yusuf, reunió en Córdoba y en Valencia un gran ejército con objeto de recuperar la capital septentrional del Islam.

El autor de El-Kartás afirma que el ejército estaba compuesto de gran número de almorávides y de voluntarios árabes, zenetas y berberiscos, y un cronista musulmán, Aben-Al-Assir, afirma que al lado de las tropas regulares se encontraban milicias regionales, de escaso valor táctico. El sultán confió el mando de estas tropas a su propio hermano Ibrahim ben Yusuf, a quien acompañaban, según pretenden los cronistas cristianos, hasta cinco o siete reyezuelos moros, entre ellos el cadí de Almería Abu-Abdallah. Ante tal peligro, el monarca cristiano llamó a sus fieles y a su voz acudieron caballeros navarros, aragoneses y franceses; entre éstos Gastón de Bearn y el conde de Perche.

El ejército cristiano remontó el curso del Huerva (cuyas aguas se juntan a las del Ebro en Zaragoza), en dirección a Daroca. En Cutanda, cerca de un fuerte castillo, a unos diez y seis kilómetros de Daroca, en el valle de Jiloca, sobre la ruta de Zaragoza a Teruel y Valencia, se encontraron los dos ejércitos. El ejército cristiano alcanza sobre el musulmán una de las victorias más rotundas. Un cronista semi-oficial de los condes de Poitiers nos ha transmitido detalles de esta victoria del Batallador: miles de musulmanes muertos, multitud de cautivos y un gran botín, en el que figuraban dos mil camellos. En la batalla murió el cadí de Almería y también el hijo del sultán, según aseguran ciertas

crónicas. Tan grave fué el desastre de Cutanda que quedó como proverbio para calificar una grave derrota. Ocurría esto en 1120.

Los autores cristianos que tratan de esta acción andan desorientados, pues no conocen ni el año ni las circunstancias; la mayor parte de ellos creen que el hecho acaeció durante el cerco de Zaragoza y que tuvo lugar en ocasión de un intento realizado por los musulmanes para obligar al Batallador a levantar el asedio. Mejor información se encuentra en los autores musulmanes en los que se hallan extensos pormenores: Aben-iatir dedica un capítulo a la «Relación del sitio de la ciudad de Cutanda», y Abenalabar dice que pereció en Cutanda Abualí Asadabí, gran maestro.

La victoria de Cutanda acelera el derrumbamiento del Estado musulmán de Zaragoza. A poco fué tomada por asalto la plaza de Calatayud, seguida de las de Alhama, Bubierca y Ariza. La conquista de estas plazas, sobre todo la de Calatayud, que domina el curso del Jalón, a unos 100 kms. de Zaragoza, dió al reino de Aragón su frontera natural, la de la meseta de Soria, muralla del Estado aragonés hacia Castilla.

En las proximidades de Calatayud junta sus aguas el río Jiloca con las del Jalón. Los cristianos remontaron el curso del Jiloca y se apoderaron de Daroca, casi equidistante de Zaragoza y Teruel, y para defender y asegurar sus conquistas el Batallador estableció en Monreal, en el alto curso del Jiloca, una especie de milicia de monjes-soldados, parecida a la de los Templarios, que defenderá la frontera aragonesa frente a los moros de Valencia, de Molina y de Cuenca.

Por este lado ha terminado la actividad reconquistadora del Batallador, quien dejó señalada una ruta a sus sucesores: la del alto macizo de Teruel, que les permitirá descender hacia Valencia.

Y vamos a ocuparnos brevemente del último episodio bélico del Batallador en la cuenca del Ebro. Fué propósito de Alfonso expulsar a los musulmanes de los lugares estratégicos y bien fortificados que tenían en las riberas del Cinca y del Segre. Pretendía la conquista de Lérida, pero también aspiraba a la posesión de esa plaza Ramón Berenguer III, conde de Barcelona. El aragonés hizo suyo el importante castillo de Alcolea de Cinca, al norte de Fraga, y desde aquel castillo y desde la ciudad de

Balaguer, pudo Alfonso hacer la guerra a los moros de Lérida y Fraga. El Batallador puso sitio a Lérida; ante esta plaza acudió también el conde de Barcelona. La intervención de prelados y caballeros evitó el rompimiento entre los dos soberanos cristianos. El aragonés levantó el sitio de la ciudad del Segre, y parece probado, que descendiendo por el valle del Cinca, se apoderó de Fraga y de Mequinenza, plazas que volvieron a recuperar los musulmanes cuando el monarca navarro-aragonés realizó su intrépida expedición a Andalucía.

A su regreso de Andalucía insiste el Batallador en combatir a los moros de las riberas del Cinca y del Segre. «Los musulmanes de Valencia defendieron Lérida como la puerta de su reino: aunque Aragón hubiese llegado al Alfambra y al Turia, érale muy peligroso descender a la plana de Valencia, teniendo todo su flanco izquierdo desde Lérida a Sagunto ocupado de enemigos. Por añadidura, Alfonso dió al rey moro de Zaragoza, que le entregó la ciudad, para su residencia, seguramente mientras viviera, el castillo de Rueda, hoy Escatrón, junto al Ebro, con una extensa zona hacia el sur que llegaba a los términos de Caspe y Alcañiz. colindantes con los de Valderobles, Aliaga y Morella, plazas fortísimas en terreno muy áspero, muy difíciles de conquistar y muy aptas para sostener una larga guerra; por esa zona comunicábanse impunemente y sobre seguro los moros de Lérida con los de Tortosa y Valencia y a la defensa de la misma estaban consagrados los valencianos considerándola el antemural de su tierra».

Alfonso reconquista Mequinenza, donde las aguas del Cinca y del Segre se unen a las del Ebro, y pone sitio a Fraga, plaza sobre el Cinca, cuyas condiciones de inexpugnabilidad, dada su situación, son notorias. Los cristianos estrecharon cada vez más el sitio de la plaza, pero los sitiados fueron socorridos. Un ejército musulmán, mandado por Abengania, el reyezuelo de Lérida, trabó combate con los cristianos. La batalla constituye una victoria musulmana y tiene una consecuencia irreparable: Alfonso el Batallador, que quizá fué herido, muere a los pocos días. Estamos en septiembre de 1134.

Con las conquistas del Batallador cambia el carácter del reino de Aragón. Hasta sus empresas victoriosas, Aragón tenía su núcleo principal en la zona pirenaica y un señalado carácter



montañoso. Alfonso ensancha considerablemente los límites de su reino. De valle en valle llega a la planicie del Ebro y su núcleo aparece constituido por la estepa aragonesa y parte llana de la provincia de Zaragoza, donde se encuentran los más importantes centros de población.

Alfonso el Batallador dejó sus reinos a las Ordenes Militares del Temple y de San Juan de Jerusalem. Ni los navarros ni los aragoneses acataron la voluntad del rey. Tres candidatos reunían partidarios para hacer valer sus derechos. El infante don Ramiro, hermano de los dos últimos monarcas que habían reinado en Navarra y Aragón, monje en el monasterio benedictino de San Ponce de Torneras y obispo electo de Roda; García Ramírez, señor de Monzón, de la sangre de Sancho el Mayor, y don Pedro Taresa o Atarés, que tenía en honor el castillo de Borja y que estaba emparentado con los últimos monarcas por línea bastarda.

Hubo reuniones de partidarios de los diversos aspirantes al trono en Jaca, Monzón y Borja, dando motivo estas juntas a la leyenda según la cual se celebraron cortes en dichas localidades.

Pronto el de Atarés dejó de contar, no sólo por su bastardía sino también, al parecer, por su carácter altivo. Cuenta el arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada y lo recogen la Historia de San Juan de la Peña y los analistas de Aragón y Navarra, que habiendo llegado a Borja algunos ricos-hombres de Navarra les persuadió otro caballero navarro, don Pedro Tizón de Cadreita, abuelo del Toledano, para que fueran a visitar al de Atarés, en ocasión en que este estaba en el baño.

Llegados a la casa del noble aragonés, los porteros, sin excusa alguna, les impidieron el paso por orden de su señor, y esto contribuyó a divorciarle de los que podían haber apoyado sus derechos. Y el P. Moret aprovecha esta circunstancia para dar su opinión sobre el baño: «Regalo que introdujeron los moros en España, y lo malo aún de los enemigos se aprende; aunque después se desterró por pernicioso».

Descontado el de Atarés, los aragoneses proclamaron en Jaca a Ramiro el Monje y los navarros alzaron por rey en la catedral de Pamplona a García Ramírez, el Restaurador.

El monarca que restauraba la monarquía de Navarra era hijo del infante don Ramiro, señor de Monzón, y de Cristina

Rodríguez, hija del Cid Campeador. Tenía don García evidentes derechos a la corona de Navarra ya que su padre era nieto de aquel don García que murió en los campos de Atapuerca, y sobrino de aquel Sancho de Peñalén, a cuya muerte el reino de Navarra se había unido al de Aragón en la persona de Sancho Ramírez.

La separación de los reinos de Navarra y Aragón distanció y enemistó a los naturales de uno y otro, y no fué ajeno a esas diferencias el monarca castellano Alfonso VII que se consideraba con derechos a la herencia de su padrastró alegando que su madre era biznieta de Sancho el Mayor, y que, acompañado de un fuerte ejército, entró en Zaragoza y hasta se tituló su rey. Hubo con este motivo una serie de luchas entre Navarra y Aragón, en las que uno y otro reino contaron alguna vez con el concurso de Castilla. El tema que estoy tratando es el de la reconquista del Ebro y deliberadamente, en gracia a la brevedad, quiero omitir las luchas que los monarcas cristianos sostuvieron por la posesión de tierras cuya reconquista estaba ya consolidada. Sin embargo quiero hacer una excepción: el problema que se derivó de la posesión de Tudela.

La ciudad del Ebro fué reconquistada por Alfonso el Batallador. Ahora bien, ¿la reconquistó como rey de Navarra o como rey de Aragón? La posesión de Tudela fué manzana de discordia entre Aragón y Navarra, como lo fué después la de Lérida entre aragoneses y catalanes.

Cuando habían callado las armas, el problema siguió siendo motivo de disputa entre los historiadores de uno y otro reino. El abad pinatense, don Juan Briz Martínez y el analista navarro, P. José Moret, acumularon, en torneo erudito, argumento tras argumento, remontándose hasta época remota para demostrar que Tudela debía incorporarse a sus respectivos reinos. La solución estaba clara para García Ramírez y no tan clara para Ramiro el Monje, ya que cuando confió la gobernación de su Estado a su futuro yerno Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, le advirtió: **De Tudela harás como mejor pudieres o concíertate con él;** es decir, con García Ramírez.

Tudela quedó en la corona de Navarra porque García Ramírez estaba casado con Margarita de Laigle, sobrina del conde Rotrón de Alperche, a la que éste traspasó el señorío de la ciudad

por carecer de herederos directos, ya que había fallecido su única hija, Felipa.

La reina de Navarra, doña Margarita, era hija de Gilber de Laigle, gran señor de Normandía y de Juliana, hermana de Rotrón. Llegó a España entre los años 1114 y 1117, quizá comprometido ya su matrimonio con García Ramírez, ya que se celebró aquél a poco de la llegada de Margarita a España. De este matrimonio nacieron un hijo y dos hijas; uno y otras ciñeron corona real: Sancho el Sabio reinó en Navarra; Blanca casó con Sancho **III** de Castilla y Margarita con Roger II, rey de Sicilia. De esta manera la sangre del buen vasallo de Vivar se mezcló con la sangre real navarra, con la castellana y con la normanda de Sicilia, y la descendencia del Cid continuó con San Fernando en el trono de León y Castilla, y entró en la casa real de Francia con San Luis y en la portuguesa con Alfonso III. Y señala Menéndez Pidal que el matrimonio de Blanca de Navarra con Sancho de Castilla fué el que inspiró, sin duda, aquellos versos del **Poema del Cid**:

«Ved qual ondra crece al que en buen ora nació  
 hoy los reyes d'España sos parientes son».

Tudela permaneció en la corona de Navarra porque la ciudad y los pueblos de su señorío constituían un estado barrera, un estado tapón entre las aspiraciones de expansión de dos reinos limítrofes: Castilla y Aragón. Y uno y otro reino no cejaron en su empeño, unas veces, por cuenta propia y por medio de las armas; otras por procedimientos pacíficos; así después de la conquista de Cuenca por Alfonso VIII, con la ayuda de Alfonso II de Aragón, trataron ambos reyes, entre otras cosas, de la incorporación de Tudela al reino aragonés.

Volvamos al problema de la reconquista, que ya sólo interesa al reino de Aragón. Ramiro II no pertenecía a aquella estirpe de monjes-guerreros que hacían compatible la Cruz y la espada; carecía de condiciones de mando, pero tuvo un acierto indiscutible: concertó el matrimonio de su hija Petronila con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona; de esta manera el rey monje se desentendió del gobierno de su reino dejándolo en buenas manos y conjuró un probable peligro de lucha entre Aragón y los condados catalanes.

La tendencia geopolítica de Aragón coincidía con la de Cataluña en conquistar la depresión del Ebro desde los afluentes pirenaicos de este río. La extensión que alcanzó el reino de Aragón, en virtud del impulso reconquistador de Alfonso I haría inevitable su aspiración de descender por el curso del Ebro para apoderarse de la región comprendida entre el Cinca y el Segre. Este fué, como hemos visto, el último empeño del Batallador y conviene no olvidar que cuando el aragonés puso sitio a Lérida, acudió ante la plaza con idéntica aspiración el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III. Así, estos territorios constituían una zona de fricción, un choque geopolítico entre los dominios de uno y otro soberano.

Pero a las aspiraciones de ambos se oponía la castellana de descender por el Ebro hacia el Mediterráneo, o, por lo menos, de apoderarse del núcleo central de la cuenca media de aquel río, propósito al que respondían las expediciones de Alfonso VI y Alfonso VII a Zaragoza. Y la actitud castellana motivó la conjunción de los dos estados (Aragón y Cataluña) en una unidad política que tuvo como directrices esenciales la defensa de la cuenca del Ebro y la ofensiva contra los musulmanes del sur de Cataluña. Y de aquella conjunción fué prenda el matrimonio de Petronila y Ramón Berenguer IV, que aunó los esfuerzos de sus estados para realizar el programa que acabo de señalar.

Ramón Berenguer, Príncipe de Aragón y Conde de Barcelona, y su hijo Alfonso II dan fin a la reconquista de las tierras que baña el Ebro. El primero, después de ayudar a Alfonso VII en la conquista de Almería se dispone a reanudar la reconquista, poniendo sitio a Tortosa. Ramón Berenguer solicitó y obtuvo para esta empresa la cooperación de la armada genovesa, que también había participado en la conquista de Almería. Las naves catalanas y genovesas salieron del puerto de Barcelona el veintinueve de junio de mil ciento cuarenta y ocho y dos días después llegaban a la desembocadura del Ebro. La plaza estaba defendida por un fuerte castillo situado en lo alto de un monte, y protegida por un buen cerco de murallas. En el sitio de Tortosa se encontraron aragoneses y catalanes, caballeros templarios y don Guillem, señor de Montpellier, con sus mesnadas. El último día del mencionado año cayó la plaza. El príncipe de Aragón y conde de Barcelona dividió la ciudad en tres partes: una para la señoría

de Génova; otra para don Ramón Guillén de Moncada, senescal de Cataluña, y la tercera la reservó para sí, dando el quinto a los templarios. Pocos años después (1153) Ramón Berenguer rescataba la parte genovesa de Tortosa abonando a la señoría diez y seis mil maravedís marroquines.

La posesión de Tortosa hacía al reino de Aragón, dueño de la vía fluvial del Ebro. Pocos meses después de rendida aquella plaza, los aragoneses y catalanes pusieron sitio a Lérida, cuya conquista fué seguida de las de Fraga y Mequinenza.

Del lado izquierdo del Ebro solo quedaba por reconquistar el áspero territorio situado entre Tarragona y Tortosa, el de la sierra de Prades, donde aún se mantenían los moros, favorecidos por las condiciones del terreno, por las fortalezas que habían construido y por los grandes y espesos bosques que facilitaban su defensa. A la conquista de este territorio se lanzó Ramón Berenguer con tal denuedo que los moros tuvieron que rendir el formidable castillo de Ciurana, el cual fué concedido en feudo a Bertrán de Castellet. Todo el territorio situado a la orilla izquierda del Ebro quedaba libre de la dominación musulmana.

Alfonso II, rey de Aragón y conde de Barcelona, pone fin a la reconquista de las tierras tributarias del Ebro. Desde el monasterio de Rueda, actual Escatrón, es decir, desde el territorio en que se refugió el último de los Ben Hud, el aragonés avanzó aguas arriba de los ríos Martín, Guadalope y Matarraña, afluentes del Ebro, hasta alcanzar el lugar de su nacimiento, rindiendo villas y lugares ribereños, como Caspe y Alcañiz, alcanzando el escabroso terreno donde tienen su nacimiento y alto curso los ríos Guadalaviar y Alfambra, repoblando y dando fuero a Teruel y rechazando a los moros hacia las tierras de Valencia y el mar.

La reconquista del Ebro ha terminado. Dos estados, Navarra y Aragón han contribuido de manera decisiva a esta empresa. Sin embargo ¡cuán distinta fué la suerte de ambos! Aragón, pletórico de vida, continuará su camino de expansión, caerá sobre el reino de Valencia lo hará suyo y cuando los tratados con Castilla le cierren los caminos de expansión por tierra, el mar le ofrecerá ancho campo para constituir un imperio mediterráneo.

A Navarra por el contrario, se le han cerrado los caminos de reconquista; intentará dilatar su territorio apoderándose de

Logroño, Navarrete y Briviesca, aprovechando la anarquía que acompaña a la minoridad de Alfonso VIII, pero éste los recuperará más tarde. Todavía conservaba Navarra un camino de relación con el mundo por la posesión de Guipúzcoa: el mar. Pero también por este lado la suerte le fué adversa. En ausencia de su rey, el de Castilla arrebató a Navarra las tierras de Alava y Guipúzcoa. Navarra quedó mermaidísima y enervada. Y si pudo formar un Estado encabalgado a uno y otro lado de los Pirineos y prolongar su existencia independiente durante unos siglos, se debe principalmente a que es dueña de una comunicación con Europa: el paso occidental de los Pirineos, Roncesvalles.

**José RAMON CASTRO**

#### BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTEROS.—Historia de España y su influencia en la Historia Universal.  
 BRIZ MARTINEZ.—Historia de San Juan de la Pena.  
 BOISSONNADE.—Du nouveau sur la Chanson de Roland.  
 CAMPION.—Nabarra en su vida histórica.  
 CODERA.—Estudios críticos de historia árabe española.  
 » Decadencia y desaparición de los Almorávides en España.  
 » Noticia acerca de los Beni Hud, reyes de Zaragoza, Lérida, Calatayud y Tudela, en B. R. A. H. (1889).  
 CONDE.—Historia de la dominación de los árabes en España.  
 DOZY.—Reherches sur l'histoire de la litterature de l'Espagne au Moyen Age.  
 » Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almorávides.  
 GROUSSET.—La Epopeya de las Cruzadas.  
 HUIDOLRO.—La batalla de Atapuerca en «Príncipe de Viana» III (Pamplona, 1942) 43-46.  
 JIMÉNEZ SOLER.—La Edad Media en la Corona de Aragón.  
 MELON RUIZ DE GORDEJUELA.—Geografía Histórica Española.  
 MENENDEZ PIDAL.—Poema de Mio Cid.  
 » Documentos linyuísticos de España. Reino de Castilla.  
 » La España del Cid.  
 MORET.—Anales de Navarra.  
 PONS.—Historiadores y geógrafos arábigo-españoles.  
 SALARRULLANA.—El reino moro de Afraga y las últimas campañas y muerte del Batallador.  
 VICENS.—España Geopolítica del Estado y del Imperio.  
 ZURITA.—Anales de Aragón.